

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI . *

BARCELONA 24 DE MAYO DE 1900

* NÚM. 496

UNA AFICIONADA!



—¡Qué bien se ven los toros desde la barrera!

El eclipse del lunes



A nota de la semana, como si dijéramos.

Eclipse por aquí, eclipse por allá, eclipse por arriba, eclipse por abajo... No se habla de otra cosa en España. Cualquiera diría que la gente, harta de las cosas de la tierra, vuelve los ojos al cielo para distraerse un poco y cambiar de postura.

Verdad es que, gracias á los Flammariones que por todas partes nos han salido, estamos más enterados de lo que va á ser el eclipse que de nuestros propios asuntos domésticos.

Nada ha escapado á las indiscretas miradas de los astrónomos.

La cara que pondrá el sol en el momento crítico, lo que le dirá la luna cuando esté *vis-á-vis* con él, lo que pensarán las estrellas, la actitud que adoptará la atmósfera... todo lo sabemos al dedillo y lo explicamos como la cosa más sabida del mundo á los infelices que aún lo ignoran.

—¿A qué debe atribuirse el eclipse?—me decía uno de esos desventurados que, sin haberse subido jamás á un árbol, se pasan la vida cayéndose de un nido.

—A intrigas del gobierno,—contesté yo sin vacilar.— Parece que para poder hacer de las suyas con más desahogo, trata de dejarnos á obscuras.

—Pero ¡qué! ¿Va á durar mucho eso?

—A punto fijo no se sabe. Pero sea como fuere, lo malo es que empiece. ¿Quién le asegura á usted que el sol, satisfecho de no ver nuestro planeta, no prolongará indefinidamente su *mutis*?

La idea no es del todo descabellada. Por lo que se ve en la tierra, ha de resultar muy agradable, aunque no por breve plazo, perderla de vista.

Según he leído en alguno de los cincuenta y dos mil artículos que sobre el próximo eclipse se han publicado estos días, el efecto que el fenómeno producirá en los seres vivos será extraordinario.

Las flores se inclinarán melancólicamente, los pájaros cesarán de cantar, todos los animales parecerán como atontados...

¡Qué lástima que en vez de ocurrir la cosa el día 28 no suceda el 31!... A ver si los caseros se atontaban, y, olvidando que es fin de mes, dejaban de mandarnos el recibito del alquiler...

Muchas familias están haciendo ya preparativos para observar el eclipse con toda comodidad y poco gasto. Gemelos de teatro, cristales ahumados, jofainas llenas de agua, canutos de caña con un fragmento de botella pegado á un extremo... todo está dispuesto para cuando llegue la hora.

Pero, este es el caso. La hora... ¿Qué hora será esa? No hay dos *zaragozanos* que anden completamente de acuerdo. Lo único seguro ó indudable al parecer, es que el lío astronómico empezará después del medio día, es decir que la función será de tarde.

Lo cual es una ventaja nada despreciable. Porque, como decía una buena señora, que desde que sabe que al sol va á acontecerle algo, no se ocupa en otra cosa que en explorar el firmamento:

—Calculen ustedes qué desgracia tan grande si el eclipse llega á tener lugar por la noche. ¿Cómo hubiéramos podido observarlo?

Este peligro no existe. Podremos observarlo sin la menor dificultad y brindar á los amigos con ofrecimientos como el que ha hecho un conocido mío á unos parientes que tiene en la alta montaña.

—«Queridos míos, —les ha escrito:—Ya sabréis que el lunes va á haber un eclipse que dará la hora. Como en los pueblos pequeños no hay facilidades para nada, os invito á venir á Barcelona, en donde, por tratarse de una capital, es probable que el hecho adquiriera grandes proporciones. No sé si los ferrocarriles concederán viajes de ida y vuelta con rebaja de precios, pero de todos modos, el espectáculo vale la pena de que hagáis un sacrificio, pues eclipses totales y visibles no se ven todos los días. Los invisibles son más frecuentes, pero no divierten tanto.»

Antiguamente esos fenómenos, lo mismo que los cometas, eran tenidos por signos infalibles de catástrofes y calamidades sin cuento. Las crónicas de la Edad media nos han legado una pintoresca descripción de lo que pasó el año mil por *mor* de una estrella con rabo, que al fin resultó la más inofensiva de las estrellas.

La gente no comía, ni bebía, ni cumplía su palabra, ni conservaba casi pizca de decoro. El mundo debía acabarse á las doce de la noche del último día de Diciembre de aquel año, y por lo tanto, ¿para qué molestar ni guardar el menor respeto á nadie, si todo había de llevarse la trampa?

Por fortuna aquellos tiempos han pasado para no volver, y como «hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad,» apenas queda ya quien conceda á los eclipses la menor importancia. De ahí que, aparte lo de la escasez de decoro y lo de la poca palabra,—en lo cual, justo es confesarlo, nos conservamos á la altura del año mil,—la gente come, bebe y pasea como si tal cosa, burlándose de los conflictos que surgen de tejas arriba con la misma sinceridad con que se ríe de lo que ocurre de tejas abajo.

Tendría, en efecto, que ser muy tímido el que recelase algo del eclipse que se prepara. Las circunstancias que le rodean no pueden ser más recomendables. La fecha es bellísima: día 28 y lunes. Nada de martes ni de días treces.

Con estos antecedentes ¿qué hemos de temer? Nada.

Por lo menos yo,—y eso que no me jacto de ser un *esprit fort*,—apenas le hago caso.

Más pavor, mil veces más, me infunde Villaverde.

Lo juro con la mano puesta sobre... el portamonedas.

ADOLFO PALMA



LOS JUEVES

por Carlos Samuel

Para mujeres las otras,
las del Transvaal, las boers,
con más alma que un valiente
muy valiente, de los que
ya sólo queda memoria
en las Batuecas de ayer.

Esas damas han pedido
que Krüger las ponga en pie
de guerra para lanzarse
contra el atrevido inglés.
Hasta quieren ser *ministras*,
lo cual me parece bien,

porque están en su derecho,
¡qué demonio! si no á ver:
tratándose de poltronas,
mejor que las hembras ¿quién?
Unas á reñir batallas,
otras á ensuciar papel
para que no quede un hombre
ocioso contra Roberts.

Bravas así en otros tiempos
hemos tenido también
y su ejemplo me entusiasma,
¡casi me siento mujer!

NIÑA TORERA



—¡Eh! ¡Eso de *morralla* tendréis que decirme en la calle!

COMEDIA EN DOS ACTOS

EL ROMPIMIENTO

Comedor lujoso. La chimenea encendida. Medio tendido en una perezosa, fuma y lee un periódico extranjero GERMÁN RUTZ, joven simpático, varonil. Espera que le avisen para comer. Los manteles están puestos. Cuando se le acaba el cigarrillo, consulta el reloj, hace una mueca de impaciencia y aprieta nerviosamente el botón del timbre.

GERMÁN (*al criado que se presenta poco después*).—Que venga la señorita.

El sirviente se inclina silencioso, y al mismo tiempo aparece detrás de él la figura monísima de CLARA SOLEUGE, rubia adorable, con mucho oro en los cabellos, mucha espiritualidad en el talle, y mucho azul en las pupilas. Entra calzándose el guante blanco, y viste ropa callejera.

CLARA.—Aquí me tienes, amigo mío.

GERMÁN (*sorprendido*).—¿De dónde vienes?

CLARA.—¿Querrás decir á dónde voy?

GERMÁN.—¿Cómo? Has almorzado fuera y...

CLARA.—Y comeré con la señorita de Cla-

vy, que se ha servido invitarme; acabo de recibir su tarjeta.

GERMÁN.—De modo, que cuando estoy esperando, muerto de hambre, que la señora se digne venir á dar órdenes y acompañarme a la mesa, la señora se acicala, se perfuma, pierde el tiempo en coqueterías pueriles que no son para su esposo.

CLARA.—¡Ay, Germán! El trato social exige sacrificios horribles. Es un monstruo, créeme, es un monstruo insaciable.

GERMÁN.—El trato social no exige que abandone usted á su marido, que esté á todas horas callejeando. Quítese el sombrero y los guantes y siéntese ahí; me haré la cuenta de que ha venido usted de visita, y la obligo á comer galantemente.

CLARA.—¡Germán, no seas ridículo!

GERMÁN (*tocando otra vez el timbre*).—Lo dicho. Será gracioso. Mi mujer se empeña en ser lo menos mujer posible, y yo la ayudo. Hasta me siento con animos de galantearla...

(*Al criado que reaparece*). Que sirvan la comida.

CRIADO (*oficiosamente*).—¿Un cubierto?

GERMÁN.—Dos. Para la señorita y para mí.

Clara, que se ha mantenido de pie, impasible, inalterable, ante el ayuda de cámara, se arroja nerviosamente sobre un sillón, tirando de los guantes y del sombrero con furia indescriptible. Germán se pasea por la holgada pieza; detiénese un momento y atiza la lumbre.

GERMÁN.—Me figuro que sabrás sujetar los nervios, y que no despreciarás mi fina invitación. Puedes mandar recado á esa señorita Clavy, diciéndole que un asunto imprevisto... que te has indis-

puesto... CLARA (*dando un puñetazo en los brazos del sillón*).—¿Y para eso se ha casado una?

GERMÁN.—¿Cómo, querida? ¿Pues para qué?

CLARA.—Vosotros los hombres, lejos de dignificar á las mujeres en el matrimonio, las hacéis esclavas.

GERMÁN.—Esclavas de su deber; esclavas del respeto y del cariño al esposo que les sacrifica su libertad, su existencia, su nombre, su gloria... cuanto vale y cuanto tiene: el matrimonio es

CITANDO AL TORO



—Se las pongo al cuarteo, ¡vaya si se las pongo!

una esclavitud de dos, en él sólo el amor reina como amo y dueño absoluto.

CLARA.—Muy hermoso para leído en una novela ó en una poesía. En la realidad, eso, además de absurdo, es soberanamente cursi (*Levantándose agitada.*) ¡Cuando yo pienso en el papel que voy á representar ante los comensales de la señorita Clavy! ¡Las pullas, las ironías sarcásticas, que se dirán á mi costa! Serviré de champagne para que despierte desde la primer cucharada la alegría y el buen humor! ¡Y todo por culpa del Quijote de mi marido, que está loco, y que se empeña ahora en repetir la aventura de los batanes!

GERMAN (*sonriendo y tocando nuevamente el timbre*). ¡Vamos, menos mal que tienes un rasgo de erudición, sin haber leído á Cervantes. (*Al criado*). Que no traigan la comida aún. Avisaré.

CLARA.—Perfectamente: de todas maneras no habría probado bocado. ¡Bonitos tengo yo el cuerpo y el alma!

GERMAN.—¿Habrás dado un espectáculo ante la servidumbre?

CLARA.—¿Qué me importan á mí los espectáculos ya?

GERMAN (*serio*).—Sabía que generalmente las señoritas llegáis muy mal educadas á los brazos del marido. Sois vanas, necias, presumidas, orgullosas, unas veces sentimentales, otras coquetas, siempre duras de corazón. El marido es para vosotras como un juguete que entusiasmo en el primer momento y que luego se conserva, si por fortuna es dorado y puede lucirse orgullosamente; si no se le echa á un rincón, se desprecia ó se rompe.

CLARA.—Y si sabías todo eso, ¿por qué te has casado conmigo?

GERMAN.—Creí poder enmendar el yerro de una madre torpe. Soltera, tuviste el talento de ser hipócrita. Se me figuró que eso de la educación no era tan grave como nos lo pintan los filósofos.

CLARA.—Ya has visto que sí.

GERMAN (*con tristeza*). Sí.

CLARA.—Pues yo ahora te digo otra cosa más grave aún: que no hay nada tan aburrido como estar una sujeta á las imposiciones y arbitrariedades del esposo.

GERMAN.—Para que veas, la gravedad no para en eso: yo te digo que no hay nada tan penoso, amargo y triste, como sufrir el desamor de la esposa. He sacado de la experiencia de mi matrimonio una verdad tremenda: vosotras queréis al novio enamorado; al marido complaciente.

CLARA.—Así, pues, es tonto que yo no vaya á comer con la señorita de Clavy.

GERMAN.—¿Lo cual quiere decir que ya no me amas?



—Me cargan con eso de ¡la pica más corta! ¡Cómo si una no supiese lo que le conviene!...

CLARA.—Lo cual quiere decir que quiero continuar tal y como me han hecho la Naturaleza, la educación... que tú invocas, y las costumbres sociales.

GERMAN.—Te probaré que estás equivocada. Entre tú y yo está todo vínculo roto. Quedo muerto aparentemente; y digo aparentemente, porque te he querido mucho, muchísimo; pero saldré de mi letargo como sale la Naturaleza de su sueño invernal. Eres libre, adiós.

CLARA (*llamando y diciendo al criado que se presenta*).—¡Que enganchen la berlina!

Sátiras

DESDE la insulsa y gárrula «Correspondencia» del *Madrid Cómic*, le dicen á un coplero que *encajaría bien* en LA SAETA su composición. Esto, además de tonto, revela mal gusto, y sobre ser vana la respuesta, descubre una buena fe seráfica en quien la da, impropia de escritores serios y digna de los quince años, edad del *pavo literario*; por lo visto, en esa edad se petrifican los gofos. Siempre he creído inocentes estas alusiones, y pudiéndolas hacer con más derecho y justicia que otros, jamás he empleado chistes de tan baja ley.

Dijéronme no hace mucho,—no lo leí,—que *Vida Nueva* había dado otra contestación por el estilo, si mal no recuerdo, más transparente, más... graciosa. Entonces solté el trapo: los que recurren á tales agudezas para probar que son ingeniosos, no merecen sino que uno se encoja de hombros y sonría. ¡Pobrecillos! Hay que dejarles algo: las migajas del festín de la gracia siquiera.

Y no es que ahora *Madrid Cómic* me [haya revuelto la bilis ni despierte mi mal humor; yo, aunque joven (más que esos que sacan los años por delante como paveros de su ignorancia *genial*), no soy niño; mis nervios no se irritan, mis músculos no se contraen cuando los pedantes *muerden* con toda la soberana osadía de su estolidez. *Madrid Cómic* necesitaba un chiste, y como desde los tiempos felices de Sinesio Delgado no ha conseguido para su correspondencia particular sino chuscadas, le dejo magnánimamente en el pleno uso de su fina ironía sutil. Con decirle ¡pillín! estamos al cabo de la calle.

Pero... hay un *pero*, sí señor; y porque lo hay hablo de esos colegas (estilo gacetilla, de muchos *literatos nuevos y cómicos*), y *pero* es de cuidado: que tanto *Madrid Cómic* como *Vida Nueva*, han mentido descaradamente, si no á sabiendas, por ignorancia; por contra soy yo amante rabioso de la ilustre y egregia soberana Verdad. A mí no me molestan ni me importan las *pullas* de los anónimos (y conste que hay firmas que no son sino iniciales prolongadas, de las que el noble crítico Clarín se burla donosamente), pero me gusta mantener el orden, y vapulear á los que se engríen montados sobre la bestia de la preocupación.

¿Por qué ha recomendado *Madrid Cómic* que se remitan á LA SAETA esas coplas... ó lo que fueren? ¿Porque son *peores*? ¿porque son libres, atrevidas... vamos, inmorales? Tal como está redactada la contestación, por lo último. De lo otro, de lo primero, prescindo ahora: sólo digo que *las literaturas* de *Madrid Cómic* andan por la edad de piedra, ó cosa así, honrosa excepción hecha de muy claros escritores. Pongamos que las nuestras también, pues no me gusta reñir por cosas en que decide el público á la postre, y pata. Queda el otro rabo por desollar, y á ese me atengo. Afirmino rotundamente, y sin temor á ser desmentido con pruebas á la vista, que es difícil hallar en publicación alguna tanta *moralidad* como en este periódico; su director tiene el gusto

educado y la suficiencia necesaria para no despeñarse en el abismo de la pornografía; ni siquiera admite la *pícar*a significación á que se prestan ciertos vocablos *dobles*, de cuya índole familiar abusan *vates* como Zúñiga, Rueda y otros de quien me acuerdo *sin querer*. Aquí se sabe en qué consiste el realismo literario, lo cómico, lo picaresco y el propio Revilla no pondría, leyendo nuestra revista, ciertos reparos, como á otros papeles festivos que andan por ahí en olor de... cómicos. Da grima leer nuestras alegres hojas volanderas.

Lo chusco, lo verdaderamente chusco del caso, es que en el mismo número de *Madrid Cómic*, donde tan sin seso se nos alude, pueden leerse unos versitos de Pérez Zúñiga que dan la hora y hasta los minutos de la moralidad. Carta de uno que visita la exposición de Bellas Artes. Va dirigida á la esposa, y no parece sino que D. Juan ha querido probar que el provinciano que habla por su... pluma, no es poeta ni Cristo que lo fundó, si es que Cristo comunica á los humanos el verbo de la poesía, como comunicó el don de lenguas á sus apóstoles: tantos son los ri-

DE DESPOSADA



¡Velo que una mano corre y que descorre otra mano!...

CABELLOS RUBIOS

pios y... libertades de que abusa. *Casi* cuando termina, echa de ver que no ha tenido ocasión de ser gracioso, y entonces recurre á un expediente sencillo: se acuerda de Taboada, compañero de armas y fatigas, y pone en juego á una niñera *viva* para que consuene con *iba*, y además hace intervenir impiamente al *cielo* para que sirva de cascote á un *pequeñuelo*, que se escapa é inspira el *único chiste* de la composición: el de esta quintilla: La muchacha

Fué á cogerle, resbaló
y boca abajo cayó.
¡En qué *exposición* la ví!
¡y qué círculo enseñó
de bellas artes allí!...

menos mal que puso bellas artes con letra minúscula, sin duda para que no se ofendiesen los pintores; la gracia está en el mote subrayado: tuvo miedo de que escapase su *picardía* á los lectores, y para asegurar el éxito trazó una raya por debajo. Claro que la palabreja no es ripio, pero cantal, porque lo de *ex* no está en la frase sino para que armonice con lo del Círculo. Basta y sobra con la posición para la *agudeza*, sin que le excuse el *cuento* de sílabas; pero, en fin, subrayado ó nó, LA SAETA no habría consentido un chiste tan... tan sucio, y tan... tan primitivo, candoroso, ingenuo. Si además se ata esa quintilla con la que sirve de postre y remate, donde declara el visitante que no sigue tan pulcra descripción para evitar celos á la esposa, la *gracia* degenera en el más inverosímil de los cinismos. Ni el paleta más bruto y procaz incurre en semejante aberración.

**

Y ahora digo yo: ¿se necesita recurrir á tales y tan torpes extremos para que ría la gente? ¿Tiene derecho el periódico que los ampara y consiente á alzar la palmeta pedante?

¡Y si aun quedaran ahí las cosas! Elevémonos un poco, si *Madrid Cómic* puede seguirnos á las más altas esferas del arte: ¿qué entiende él por... por... moral? ¿Le parece moral que se rime *fácilmente* esto:

Mientras tocaba la banda de Ingenieros que están dirigidos por un *Caco* y tocan mejor que Paco el chico del sacristán;

¡ban, que *están*... ¡tan, tarantán! ¡Y la sintaxis al vuelo!

O este otro:

de Sala, Ferrant, Lucena, Sorolla, Hidalgo, Camino, Francés, Abades, Carmena, Saint-Aubin, Sola (ó Solá), Zubiaurre, Souto, Romero, y otros cien. ¡Si vieras la...



Si tiene ó no tiene dote
lo ignoro; pero es lo cierto

que esa doncellita lleva
una fortuna en el pelo.

que suena á cohete disparado? No digo á Juan Pérez Zúñiga; al mismo Juan Preste de las Indias, diríale yo:

Mi muy querido señor:
tómele el pelo al lector,
si le aguanta tal tupé;
pero no lo tome usted
¡por Dios vivo! al Director.

Y los *bombos* en prosa que así son *más* sonoros y menos obligados. Estos señores poetas después del triunfo, es decir, de la imposición fanática á las empresas periodísticas, se figuran ser bajáes de tres colas, señores de horca y cuchillo: peor es cuando les parece que el nombre puede cubrir la mercancía. Y no va más por ahora.

**

Parecerá duro este lenguaje: entendámonos, dura y torpe es la apreciación de *Madrid Cómic*, y yo no hago sino rechazar un juicio malévolos, temerario, si bien se mira. La conducta de LA SAETA es correctísima, por cuanto saludó la reaparición del periódico madrileño con palmas, y el saludo precisamente obedeció á la esperanza de que continuase las glorias conseguidas en épocas anteriores, cuando, salvo el fabricar ciertas reputaciones de *similor*, digámoslo así, rendía culto á la amenidad, á la gracia... y á la literatura. Mi gozo en un pozo, y defraudadas

La Saeta

las esperanzas. Pero, en fin, esto no importa, ni habría dicho palabra, si no fuese que al colega se le ocurre ser *satírico*, á costas de LA SAETA y sin leer su texto. Tratándose de una simple apreciación literaria, callárame yo; pero se trata de echar sobre nosotros una cruz que nunca, ni antes ni ahora, hemos merecido, y conviene que prevalezca la justicia sobre la ignorancia.

Es defecto de la prensa nacional, el vivir para... para *adentro*, satisfecha con su egoísmo: cuando los diarios leen, lo hacen de prisa y mal, tijeras en mano, nerviosamente. Madrid desdeña, hasta cierto punto, hay excepciones honrosas, á los provincianos. A mí me importa tres pitos y medio ese desdén, y no bailo al son que me tocan, según tengo probado en distintas ocasiones. Pero ahora estoy en mi derecho quejándome: si de algunos años á esta parte hubiesen leído *Vida Nueva* y *Madrid Cómicó* LA SAETA, hubiéranse dado con un canto en los pechos antes de tomarla por blanco para sus epigramas.

Y lo supongo así con íntima convicción, porque no es posible, no quiero echar en el balance de la descortesía semejantes burlas, de que protesto nó por lo que de burlas tienen, sino por lo que significan. No es esto que hago rechazarlas, es rectificar un error que no mortifica, conste, y debe condenarse por injusto. Explico lo que es LA SAETA, y en el tono que empleo, contra mi costumbre, prescindiendo de poner en solfa una ligereza indisculpable; doy prueba de una seriedad que en *mis colegas* aplaudiría, si lo imitaran.

Algo bueno, no todo lo que publica, hay en *Madrid Cómicó*, y algo bueno también en *Vida Nueva*. LA SAETA no queda á la zaga, aunque sus firmas no sean tan... tan brillantes, ó mejor dicho, tan... tan vistosas. No es esto petulancia, bien sabe Dios que nó: es... no tener relaciones de ningún género con la hipocresía. Si en dichos periódicos colaboran ingenios cultos, en éste donde yo escribo también. Y de los que no han recurrido jamás á medios rastreros para adelantar en su carrera, metiéndose por los callejones y encrucijadas de lo que llaman algunos oficio de escribir.

CLAK



DE LA PEÑA

POR UNA COLECCIÓN DE CHICOS LISTOS, AUNQUE GUASONES

NADA, que está Rueda de suerte. Hasta los cajistas le achican haciendo minúscula, casi microscópica, la inicial de su apellido.

No lo siento por Rueda, sino por mí. Porque en la locución *Parejo es rueda*, la errata cae en la sintáxis como una bala inglesa dum-dum.

Verdad que Rueda dispara siempre contra el lenguaje con el mismo proyectil.

La inmortalidad del cangrejo y el talento de algunas *celebridades* artísticas, son cuestiones que hemos de poner en cuarentena sin que vengan de Filipinas ni traigan la peste bubónica.

Hay pintor á quien hasta la sombra se le antoja chocolate oscuro; pero en cambio hay otros como el señor Monserrat, que todo lo ven de color de rosa. Buena prueba de lo que digo es el retrato del señor Durán y Bás (expuesto en el Salón Parés), pintado por el artista que acabo de mencionar.

¿No lo han visto ustedes? Aquello es portentoso. ¡Qué manos tan bonitas, qué ropa tan nueva, y sobre todo qué cara tan angelical! ¡Si parece don Manuel una criaturita con lentes y bigote! A ver, á ver si hace alguna conquista por culpa del retrato.

—Es que hay muchas maneras de ver é interpretar el natural.

—Efectivamente, digo yo, pero sólo una de verlo é interpretarlo bien.

—Oye, tú, ¿y eso de Hermín Englada qué es?

—Eso, impresiones del gran mundo parisién.

—Pues, mira lo que son las cosas; yo creía que eran muestras de algodón en rama.

—¡Hombre, qué poco sentido artísti-

co tienes! Para agente de orden público estarías que ni pintado.

—No me insultes.

En *El Liberal* he visto una crónica de Nogales, leyendo la cual resulta que en lugar de proceder del mono, según las teorías de Darwin y Spencer, vamos á él.

Y tentado estoy á darle la razón.

Porque cuidado que es monería eso de retar por telégrafo á los socios del Círculo del Liceo.

Snobismo puro.

Esto es lo que nos ha puesto de manifiesto el señor Romeo (sin Julieta, aunque tan romántico como el otro Romeo), con su telegrama.

¡Decididamente triunfa la *idealidad... platónica*.

¡Ah! Conste que no soy, ni pretendo ser, *supernacional, ario*, ni otras cosas de que se vanaglorian los *snobs intelectuales*, ni siquiera estoy contaminado del mal... ó sea del *lirismo* de la época.

Y á propósito de *intelectuales*.

Eusebio Blasco, en una de sus muchas cursilerías íntimas, dice que en el año 1862, cuando él llegó á Madrid, encontró «una Corte con carácter propio, con instituciones tradicionales muy respetadas todavía, con la sola excepción de la juventud intelectual, que era la que las atacaba...»

De modo que no hay que darse pisto ¡jóvenes *intelectuales* del 1900, porque ya véis que en eso de atacar... os ha tomado la mano, «la juventud intelectual» del 62!

Y ha llovido desde entonces...

Leo distraídamente los telegramas de un periódico.

De pronto, como en las novelas por entregas, me figuro estar soñando.

No sueño. Allá vá la prueba de que me he tentado la ropa:

«En Valladolid han sido sentenciados á muerte los cinco reos de El Lagar. El abogado defensor se llama Garrote. ¿Qué podían, pues, esperar?»

¡Y aun condenamos el terrible laconismo del telégrafo cuando hasta se permite chistes fúnebres de última novedad, dignos de la época!

Me recuerda esto otra agudeza periodística: «Por fortuna los coches eran de tercera» ¿nó?

Sancha se ha ido á París, según parece, con el propósito más noble de este mundo.

El de tender una mano generosa á la pobrecita caricatura francesa, que está si *cade* ó no *cade*.

A nosotros ya nos deja convencidos, y si no fuera porque también deja otra cosa, rastro, es decir, prosélitos, merecería que se le levantara un arco de triunfo.

¡Ay! Sancha es *uno* como todos los grandes maestros lo han sido, y no puede tener imitadores.

Pero los tiene, y lo siento por él: sus discípulos van á limpiarnos las telarañas que nos dejó en los ojos la admiración.

Bromas aparte, á mí me entusiasma la fina ironía de Sancha y admiro su talento.

Sí, es el único que ha demostrado gráficamente, con el lápiz, que el genio es una enfermedad.

Todos los artistas que él ha sometido á la prueba, están cloróticos, tísicos. Se escapan por el cuello de la camisa.

Lo único que no me parece bien, es que se haya llevado consigo, según reza un periódico, los pinceles de Goya.

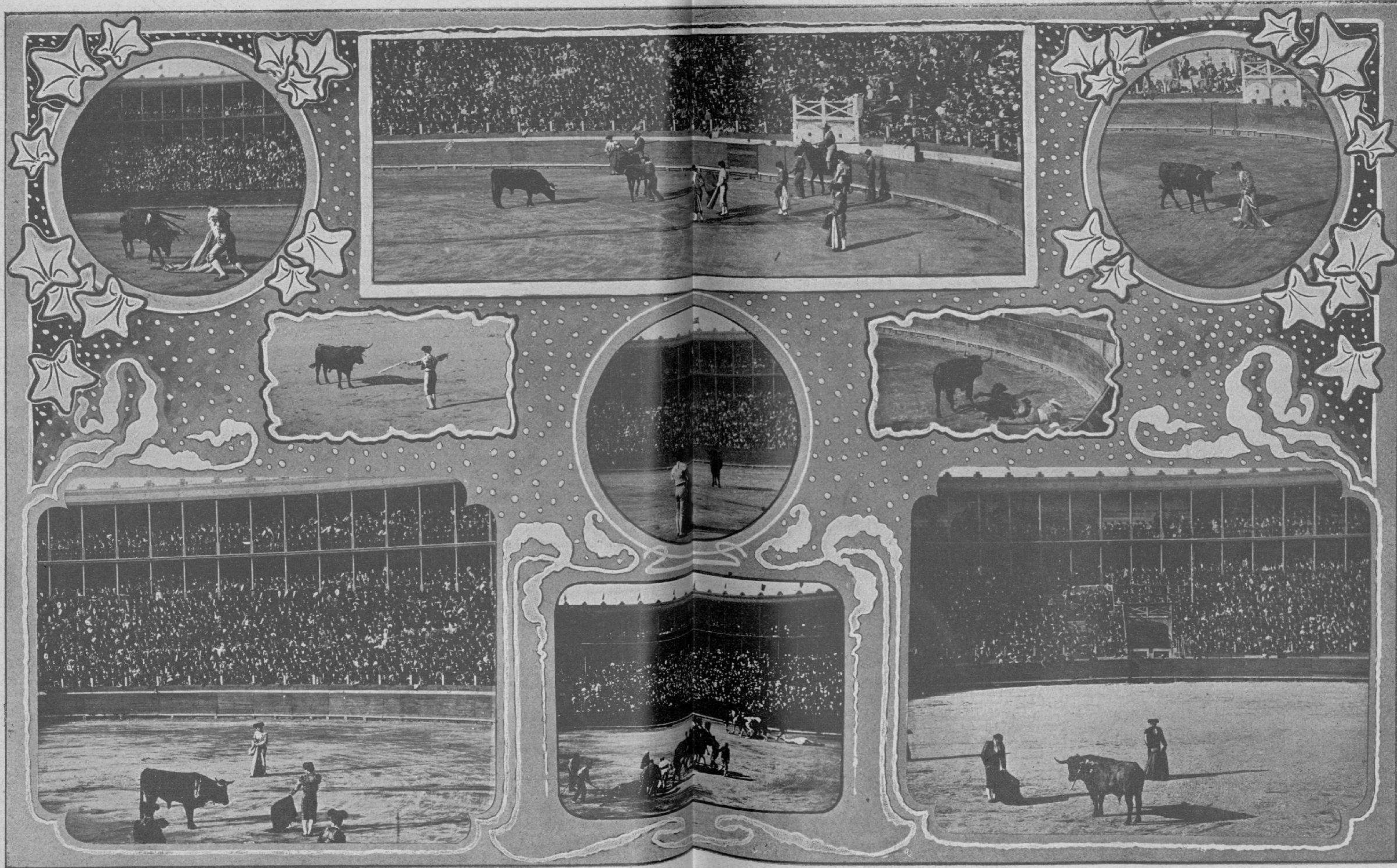
Buenos volverán á España.

¡A LOS TOROS!



—¡Que voy sin compañía!
Eso no importa.
A la vuelta no teman
que vaya sola.

EN LA PLAZA DE BARCELONA



Una corrida de toros

Cuartillas sueltas

Si san Pedro Regalado ejerce la influencia meteorológica que el vulgo le supone, estamos divertidos.

Cuarenta días con cuarenta noches de lluvias pueden darnos, si no el diluvio universal, una parodia de diluvio.

El reuma lo descuento; hay á estas horas ya muchos lisiados por ahí.

Claro que á lo mejor llueve el día de san Pedro, y al siguiente luce un sol de todos los diablos, capaz de asarnos vivos, pero ello es que en el momento en que anoto mis impresiones atmosféricas, continúa la depresión... y la humedad.

Si no quiebra la cosa, vamos á presenciar el eclipse convertidos en ranas.

Pero verán como sí quebrará, y aún es posible que haya quebrado en el punto y hora que ustedes lean estas Cuartillas.

Registro el hecho para fijarme en si es, como presumo, música celestial eso del santo climatérico ó climatológico.

Vamos, otro embuste de la tradición.

Valga por lo que valiere, hago constar que ya está Febo pugnando por darle un susto.

* * *

En eso de hacer calendarios [y bailar el agua, también están fuertes los ingleses.

Siempre que echan los pímfamos al aire se les vuelve la tortilla al revés.

Anuncian que han entrado triunfalmente en un punto de que se marchan los boers muy tranquilos, y ya se sabe, derrota al canto.

Es acaso la única guerra en que se tiene idea segura del curso de las operaciones, porque siempre las cañas se vuelven lanzas y las mentiras verdades.

Mejor sería que el generalísimo imitara al francés en el sitio de Zaragoza, quien, como es sabido, redactaba los partes así: «hoy hemos tomado la casa

número uno; no sé si mañana tomaremos la casa número dos.»

Porque los boers, por lo visto, son como aquellos españoles testarudos que disputaban palmo á palmo su independencia.

La guerra africana acaba de darnos dos notas simpaticísimas: las mujeres resignándose á no ver un hombre en poblado, y proponiendo que se las constituya en milicia, y la entrada de los boers en Mafeking deponiendo odios insanos, olvidando su papel de vencedores, para rendir culto á la humanidad.

El pueblo inglés ha luchado como un héroe; el boer ha vencido como un santo.

Me figuro la escena conmovedora con profunda emoción: los victoriosos descubriéndose ante los combatientes extenuados de hambre y de fatiga, después de haber sufrido un largo asedio forjándose ensueños de liberación, esperanzas locas que á la postre se desvanecen como el humo en que viven envueltos y que respiran

á todas horas: creyendo en un momento de reposo que las cornetas de la patria van á interrumpir el desesperante estampido de los cañones. La inacabable y larga espera, en fin, de los que aceptan la muerte con tal que el sacrificio de la vida les proporcione al expirar la alegría indescriptible de ver que sigue ondeando al aire el pabellón glorioso, cuya sombra protegen sus cenizas y cubrirá de laureles su cadáver.

Mafeking es una página gloriosa para los ingleses, página que han honrado los boers fraternizando cristianamente con el enemigo y saludando caballerosamente su heroísmo y su abnegación.

Yo también me descubro ante el soldado que así defiende su bendita bandera y ante el pueblo que así defiende su intangible y santa libertad.

CLAUDIO UGENA



Podrás tener la boca,
niña, cerrada;
tus ojitos me dicen
lo que ella calla.

A MI FULANA

Viendo que la prosa es sosa
para poderte decir
lo que te amo, he de escribir
en verso y dejar la prosa.

Nunca pensé ser poeta,
pero á tal llega mi amor...
que hasta pienso ser autor
de un sainete, *La Alcagüeta*.

Así lo he de titular
y ha de gustar, yo lo creo,
porque, ¡cómo ha de ser feo
si de ti se ha de tratar!

Habrà escenas muy chocantes
y tipos como yo, buenos,
con diálogos muy amenos
y con chistes muy picantes.

Pintaré una suegra negra
que venga de buena casta,
¡una mujer de una pasta!...
en fin, de pasta de suegra.

Habrà graciosos, valientes,
un vejete chocho y lila,
una llamada Cirila,
su marido y dos tenientes.

Tú y yo saldremos allí
(amándonos desde luego)
¡con una pasión y un fuego
y un amor y un frenesí...!

Se opondrán á nuestro enlace,
yo te propondré la fuga,
tú harás lo que á mí me pluga,
claro, y *requiescat impace*.

Porque notarán su error
y en masa la gente toda
acordará nuestra boda,
digo, la acuerda el autor.

Ya verás cómo te mando
en verso mi corazón;
ya verás con qué ilusión
en verso te sigo amando.

Ya verás cómo te digo
¡aurora de la mañana!
¡mi vida! ¡rica! ¡serrana!
¿te quieres casar conmigo?

Y por último, has de ver
en mis versos amor puro,
pues mi talento es obscuro,
pero es muy claro el querer.

Así me descorro el velo
y me lanzo á la poesía,
no lo rechaces, María,
aprueba mi primer vuelo.

L. E. LÓPEZ DE HARO

La Estación Florida



MIS MUJERES

LA GITANA

V



RASPUSO la última loma de aquel país montañoso la diligencia cuando alboreaba; abajo, señora de la llanura, levantábase la ciudad, perfilando en el aire gentilmente sus altas torres, rodeada de jardines, de frondas, de verdor. Era un amanecer triste, apagado. No llovía ya; el suelo estaba humedecido, cenagoso; el horizonte sucio, cubierto de nubarrones oscuros en que dominaban las tintas plomizas. Soplabá un airecillo sutil, esparciendo por la atmósfera, con soplo invisible, olores acres, fuertes. Rendida, pálida, ojerosa, la pobre mujer dormitaba con sueño de insomnio, turbado é inquieto; había caído su cabeza con no sé qué pesadumbre sobre el respaldo duro de la berlina; la recosté delicadamente en mis hombros, y ella entornó los ojos y quedó transpuesta murmurando palabras ininteligibles, vagas, sin orden ni expresión, como si soñase; á mí me tenía desvelado el pensamiento, que no podía refrenar con todos los recursos de su dominio la voluntad. Por primera vez me encontraba delante de un dolor humano tan

vivo, tan intenso, y al mismo tiempo tan dulce y gracioso, sin arrebatos ni arrechuchos de irrito coraje. Aquella era la vida triste, penosa, que arrastramos en nuestra peregrinación por el mundo, poética y aheleada á la par. Sentía mi ser anegado en una ola de piedad infinita; la tristeza que se respiraba en el ambiente, caía en mi ánimo, acongojándolo.

Habíame contado su historia poco antes de que la venciera el sopor: su confesión fué larga, premiosa, interrumpida á cada paso por sollozos y suspiros que arrancaba de su pecho el recuerdo del bien malogrado, de la esperanza muerta, de la ventura destruída al golpe implacable de la realidad.

—Yo no quería acordarme más de estas cosas,—exclamaba,—no quería acordarme, sino así... como cuando sueña una, sin pensar, sin poner el pensamiento en la horca, porque comprendía que esto era peor cien veces que arrojarse debajo de las ruedas del coche y dejarse pisotear por los caballos. He vuelto á vivir rápidamente aquella larga vida de placeres, que entonces me parecían inagotables, muriendo ahora de pena. No sé por qué cuando le quita á una Dios la ventura no se le lleva también el alma.

Lo que había ocurrido era que la gitana se enamoró como una loca del forastero, que le amó vehementemente y que le amaba aún. ¿Quién podrá decir si es cierto ó no es cierto que hay almas que entran en el amor como en un purgatorio, y que, purificadas por la constancia y la pureza de su cariño, no salen de él hasta que el mismo espíritu ingrato las redime? ¿Apaga el tiempo estas ternuras? ¿Reverdecen en la eternidad? Bien claro veía yo entonces: la gitana no volvería á entregarse en la tierra con aquellos extremos de pasión, que si prende en los sentidos, por natural decreto de Naturaleza, envuelve y abrasa el alma, llevando hasta ella chispas de un incendio sin fin, de la luz de arriba que no se extingue jamás. El galán era apuesto, de figura varonil; acaso el ideal de aquella criatura errante, criada á la intemperie como la flor que germina en los campos abiertos á la luz. Pertenece á una acomodada familia aragonesa, y joven, rico, desocupado, pudo sostener fácilmente la aventura. También él se enamoró, ¿qué duda tiene? La doncella lo valía; era de lo más precioso que puede encontrarse en la salvaje libertad de los caminos.

—Lo que más me engañó fué que él se avino dócilmente, con marcadas protestas de entusiasmo á casarse conmigo, porque de otro modo, aún amándole como yo le amaba, juré y

perjuré que antes me clavaría un puñal en el pecho ó me arrojaría por un precipicio, que ser suya.

—¿Y os casásteis?

—Nos casamos, según mi ley... En lo único que cedí fué en separarme de los míos, yendo á vivir con mi esposo á una casita de campo, aislada, cerca de Zaragoza. Esto es lo que me ha perdido. Me aisló de mi gente y de la suya, y ahora el abandono es más horrible, porque yo me había acostumbrado á vivir en él, con él y para él.

—Eso que cuentas es raro y extravagante, no comprendo...

—La boda fué espléndida. Enrique Montagut, mi hombre, se portó rumbosamente. Mi tribu no se mostró miserable. ¡Aquello era alegría y gloria! Tres días duró la zambra, porque, malos ó buenos, mis amigos adoraban en mí. Tú lo verás, si quieres. A veces temblaba yo pensando que Enrique había tenido la rara fortuna de partir el cántaro en dos mitades. Viéndole tan solícito y cariñoso, me decía que aquello era ridícula superstición de gitana... Y no lo era, nó: era presentimiento invencible de mi infelicidad.

Con pintoresco lenguaje me describió la ceremonia; el viejo de la tribu ejercía de patriarca: tomado juramento de amor, mandó al novio que rompiese la vasija; después pronunció la tremenda sentencia que ataba por dos años á los desposados: si en los dos años faltaban á la fe jurada, la maldición caería sobre el perjuro, y su cuerpo caería cosido á puñaladas, sin piedad.

—Recuerdo que no pude menos de sonreír y de exclamar en aquel instante inconscientemente: «¡dos años pasan con tanta rapidez!» ¡Con qué amargura he recordado más tarde estas palabras, ay de mí!

A los dos años, los contrayentes eran libres; podían reanudar el compromiso, si tan fuerte y duradero era el amor.

—Del mío, yo estaba seguro, así se hubiera hecho el cántaro un millón de añicos.

Sí, su amor era perdurable; el del otro nó; la galante y extraor-

NUESTRAS BARBIANAS



¡Con ustedes voy á cualquier parte!

La Saeta

dinaria aventura cautivó fácilmente su espíritu, en una edad en que la fantasía triunfa de la razón y el sentimiento de la voluntad. Enrique de Montagut, con todo y estar casado legalmente, porque no hay una ley que valga más que otra, no se consideraba atado por compromiso formal alguno. Seguía viviendo como soltero al lado de sus padres, y sólo se permitía pasar largas temporadas junto á la que más que mujer parecía querida. Fué un idilio loco.

—Y tan loco,—dijo ella;—estoy segura de que yo era su primer amor; parecíamos dos chiquillos abandonados á sus juegos en mitad de la Naturaleza. No puedo darte idea de nuestras caricias, de nuestras locuras. Hay que pensar en el torrente que se desata, en la tempestad que ruje, en el sol que incendia la llanura. Nó, tú no comprenderás nunca lo que es esto; porque nunca sabrás amar de aquel modo. Yo, en los dos años, no fuí más que dos veces á poblado... y te juro que la gente me asustaba, me aburría, me daba una murria que difícilmente curaban después sus abrazos y sus besos. ¡Era presentimiento también! Era odio inexplicable á una Sociedad que con sus preocupaciones y sus halagos tenía que robarme mi bien. ¿Por qué no habíamos de haber existido los dos, únicamente los dos, en la inmensa soledad del mundo?

¡Qué penosa, qué amarga lá despedida! ¡No fué él, fué ella, ella misma! Había conocido, á lo último de su arrebató, que era inevitable el rompimiento: las ausencias eran más prolongadas; veíale distraído, con señales evidentes de hastío y mal humor; procuraba mantenerse amante y cariñoso; pero en quien tantas y tan generosas pruebas tenía del amor rendido, ¿cómo había de prosperar el engaño? El alma de la gitana era alma noble, destinada al sacrificio y á la abnegación.

—¡Pero qué triste te quedarías entonces!—interrumpí embargado de emoción intensa que estaba á punto de traducirse en lágrimas;—mis ojos, lo confieso ingenuamente, estaban húmedos, y hacía yo esfuerzos para que no resbalase por mis mejillas el llanto. Muchas veces he pensado en esto: ¿era un vano lirismo de mi juventud provocado por lecturas sentimentales? Nó; es cierto que entonces me había aficionado á la literatura francesa, y que *estudiaba* á Lamartine, á Víctor Hugo y á Chateaubriand. ¿Y qué? También recreaban mi espíritu las lecturas de Musset, de Byrón, de Walter Scott, de Saint-Beuve, de Claudio Bernard y de Balzac. Estaban en lo más fuerte de su gloria Zola, Galdós y otros maestros, pero sus libros no habían llegado á mis manos. Lo que me conmovía, lo que hería directamente mi inteligencia en aquel trance, era el hallarme por primera vez delante de una realidad hermosa no vista sino á través del pensamiento meridional mío: ¡y yo que tanto la he amado después y tan ardientemente le rindo parias! Ayudaban, claro es, mis pocos años, y el concepto filosófico que yo tenía, desgraciadamente, de la Raza.

—¡Qué triste!—repitió la gitana con

A LAS PUERTAS DEL CIELO



Llamó muy quedo, y al verla con esa carita de ángel, como es natural, San Pedro le ha dicho al punto: ¡Adelante!

acento desolado;—reflejábase en sus ojos la más honda tristeza, y ví pasar por ellos la terrible catástrofe del abandono cruel, con todas sus pesadumbres: el espíritu aplanado, caído en estupor; la melancolía en el rostro presa de lividez mortal; la quietud en los músculos por desmayo de la sangre; la revuelta loca, sin fuerzas aún para rugir en el cerebro, y la figura inmóvil, pasmada, como estatua fría.—¡Qué triste!

Lo expresó mansamente, como si pasara por su alma la visión de aquella hora letal.

—Él se iba... se iba... y yo quieta, plantada, de pie, sin fuerzas para abrir la boca ni para llevarme las manos á los ojos que querían llorar y no lloraban. Mirábanle á él, miraban como se iba... se iba... y no era el hombre lo que veían alejarse para siempre jamás; ¡qué cosas más raras las de este mundo! Parecía que era yo quien desaparecía poco á poco; parecía mi vida, mi existencia quien se marchaba, perdiéndose á lo lejos, haciéndose chiquita; y entretanto yo me sentía morir... morir...

Cuando él desapareció en la curva, saludando por última vez con el pañuelo, la sangre corrió desatada por las venas de la infeliz, saltó con furia de tempestad á la cabeza y refluyó tumultuosa al corazón, deshaciendo el busto de nieve y postrándolo de hinojos.

—¡Fortuna que pude llorar!

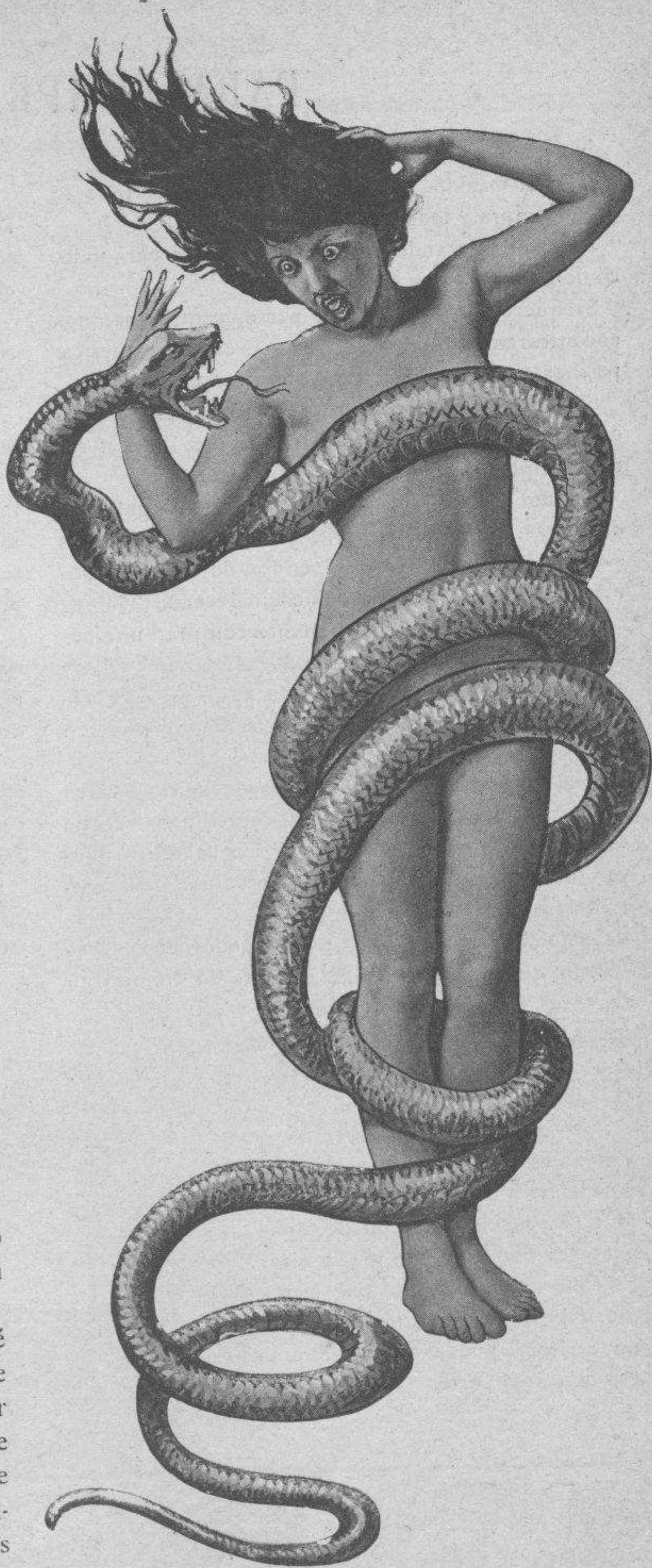
La ola se fué por los ojos reventando en raudal de lágrimas.

—Pero no entiendo, hija mía, cómo no supiste retenerle y hacer menos dolorosa la separación, si era inevitable.

—Por eso, porque era inevitable. ¿Qué más daba antes que después? Si ahora se repitiera, pasaría todo lo mismo: el amor es como eso que llaman eternidad: no se sabe si principia ni concluye. Desde que empezó á decir lo que dijo, yo sentí el puñal clavado hasta la cruz: «los dos años han concluído, eres libre... vete, adiós.» Y no hubo más.

—¿No hubo más?—pregunté atónito.

—Nó,—replicó la extraña criatura con indescriptible decaimiento de todas sus energías.— Ni un beso, ni un abrazo.



Eva y la serpiente

J. F. Luján

PARA COMPRAR FIERAS

EN el mundo, exceptuando la felicidad, todo se compra y todo se vende.

La plaza es grande, y hay compradores para todo, como para todo hay mercado.

Si queremos adquirir un perro, centros caninos encontraremos donde nuestros más extravagantes caprichos queden satisfechos en un periquete.

Si se nos ocurre comprar un canario, tenemos mercado de pájaros dispuestos á facilitarnos los más raros ejemplares de la fauna ornitológica.

Existen mercados de gatos, de palomos, de gallinas, de cabras, de vacas, ¡de grillos!—que algunas veces salen *grillas*;—de toda clase, en fin, de animales domésticos ó que á ese rango pueden elevarse.

Pero supongamos que queremos comprar una fiera. ¿A dónde debemos dirigirnos?

El lector que se encuentre en este caso, no tiene más que hacer que tomar el tren París-Colonia-Bremen y plantarse en Hamburgo, sobre el Elba.

Hamburgo es el mercado universal de fieras,—salvo las suegras y los recaudadores de contribuciones, que se encuentran en todas partes,—y á aquel centro afluyen todos los pedidos y ofertas referentes á este especialísimo ramo del comercio.

Como el carbón en Cardiff y el algodón en Nueva-Orleans, el precio de las fieras tiene en Hamburgo sus alzas y bajas, según las temporadas, la demanda, el estado de las crías y el éxito de las campañas de los cazadores.

Uno de los animales más caros,—y no lo llamamos *fiera* porque creíamos hacerle una ofensa,— es el elefante. Su precio, como puede suponerse, es distinto según sea su raza. El elefante de la India, por ejemplo, vale 1.200 duros, mientras que un africano puede obtenerse casi por la quinta parte.

El rinoceronte alcanza un precio mucho más alto. De 1.600 á 4.500 duros son las cotizaciones que suelen obtener, cuando hay existencia de tales bichos.

Los tigres, bonitos de piel y bien desarrollados, cuestan 1.200 duros. Los de calidad inferior, no pasan de 400.

Su majestad el león, con ser el rey de los animales, al convertirse en objeto de comercio, desciende no poco y pierde una buena parte de su dignidad é importancia. Por 375 duros, y si es un perfecto buen mozo por 400, puede adquirirse un soberano de las selvas, con sus garras de acero y sus melenas correspondientes.

Los leopardos abundan, y por lo mismo no se cotizan alto. No más de un centenar de duros llevan por un ejemplar de agradable aspecto y en buen estado de salud.

Tratándose de panteras, sobre todo si son negras, ya es otra cosa. Entre 700 y 750 duros, puede el comprador escoger el animal de esta clase que más le convenga.

Una serpiente boa de regular longitud cuesta, según catálogo, de 20 á 40 duros, y el cocodrilo, el *niño llorón* del Nilo, el animal sagrado que en Tebas y en Arsinoe de Egipto llegó á la categoría de semidios y recibió el homenaje de tantas generaciones, no vale más allá de 60 duros, pagado espléndidamente. ¡Menos de lo que los ingleses han dado por los borricos que han llevado al Transvaal!...

¡Qué desilusión para las divinidades de baratillo! ¡Y qué ganga para los aficionados á los reptiles de buen tamaño!

GLENER



Arrepentimiento

... Y pasaste por mi lado,
y vi que uno te seguía
y te miraba asombrado,
pues con sorpresa veía
un rostro tan agraciado.
Recordé en aquel momento
las amarguras sin cuento
que á mí me hiciste pasar,
cuyos efectos aún siento
pues no te pude olvidar,
y me causó tanta pena
el pensar que en su alma, Elena,
de repentina pasión
se forjaba la ilusión

de que tú serías buena,
que me sentí conmovido
pensando en que sufriría
lo mucho que yo he sufrido
por no ver correspondido
el amor que te tenía;
y con la sana intención
de hacer una buena acción
á hablarle me dirigí,
contento por la ocasión
de hacerte algún daño á ti.
Pero por mi mala estrella,
la buena intención aquella
pasó, y dije con desdén:

—¿No he sufrido yo por ella?
¡pues que sufra ése también!

...Estuvo mal, lo confieso.
Hoy me he arrepentido de eso
y me condeno á mí mismo,
al ver que fué por exceso
de tan innoble egoísmo;
y como tengo interés
en purgar tan fea acción,
te ruego por compasión
que hoy me digas tú quién es...
¡para pedirle perdón!

JUAN MANUEL GALLEGO

FINAL DE CAPÍTULO



—Bueno, el marqués le ha pedido á Laura la llave de su cuarto. A ver, en el capítulo que sigue, qué es lo que le pedirá.

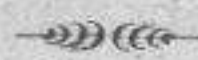
Miscelánea

Cierto predicador decía en el púlpito que todo cuanto Dios ha hecho es perfecto en su clase.

Un jorobado que escuchaba el sermón, esperó al predicador á la puerta de la iglesia, y le dijo:

—Según la doctrina de usted, padre mío, Dios ha hecho todas las cosas perfectas; pues bien: mire usted mi joroba. ¿Se atreverá usted á asegurarlo ahora?

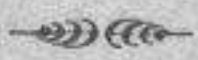
—Hijo mío,—le respondió el fraile;—tú eres una prueba de todo lo que he dicho, pues en clase de joroba no ha podido hacer Dios cosa más perfecta que la tuya.



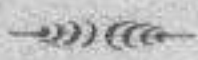
Encontró al salir de su casa un tuerto á un jorobado, y le dijo:

—Adiós, amigo; temprano se ha cargado hoy.

—Eso creen los que como usted no han abierto más que una ventana,—le contestó.



Un reo puesto en capilla
la distancia calculó
que hay de Madrid á Sevilla,
y así á su casa escribió:
—Madre, ya he muerto; este albur
lo he corrido sin cerote;
ayer me dieron garrote,
y hoy me enterraron; abur.



Un día el rey Federico, estando asomado á una ventana de su palacio, vió un grupo considerable que estaba parado leyendo un cartel.

—Ve á ver lo que dice,—le dijo á uno de sus pajes.

—Es una sátira contra V. M.,—le contestó.

—Está muy alta,—replicó el rey;—ve á despegarla y ponla más baja á fin de que se pueda leer mejor.



Fuga de vocales

C..nd. s. m..r. m. n.ñ.
r.g.r. .l s.p.lt.r.r.
q.. h.g. d.s h..c.s j.nt.t.s
p.r. .nt.rr.r . d.s c..rp.s

M.R.N.



Rombo

```

      *
     * *
    * * *
   * * * *
  * * *
 *
    
```

Substituir las estrellitas por letras, de modo que se lea en la 1.^a línea, consonante; en la 2.^a, verbo; en la 3.^a, provincia; en la 4.^a, personaje; y en la 5.^a, consonante,

GUIJOUSE

Servicio de mesa

3 4 9 2 5	Arbusto
5 6 9	Flor
3 6 7	Río
5 6 7 4	Vegetal
7 8 1 2 3	Producto animal
1 2 5 5 2 . . .	3 6 8 0 .	Tiempo de verbo
1 2 3 4 5 . . .	6 7 8 9 .	Islas españolas
1 8 3 4 5 . . .	6 7 2 .	Nombre de mujer
3 4 9 8 5 . . .	6 2 .	» » »
9 8 5 6 7 . . .	2 9 .	Minas
9 4 1 4 3 . . .	3 6 8 .	Tiempo de verbo

D. CELLA

Soluciones á lo insertado en el número 495

CHARADA.—Cochero.

TERCIO SILÁBICO.—

LE-GA-DO
GA-TE-RA
DO-RA-DO

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Calentarse.

TRIÁNGULOS ENLAZADOS —

C
D A
D A N
C A N D A D O
A D O
D O
O

Correspondencia

por Clak

Fulgencio.—¡Qué atrasadito está usted! Otros versifican mal, incorrectamente; pero usted no se ha enterado todavía de que los versos tienen ritmo, cadencia, medidas... leyes, en fin. Le faltan á usted dos cosas de que no puede prescindir el poeta: estudio é inspiración.

F. V. P.—Siento mucho tener que desanimarle, pero su composición no deja ningún asidero á la indulgencia. ¡Lástima! Escoja usted otro pseudónimo, porque el de *Moreno* lo utiliza un redactor de este periódico.

S. M.—Todo se le vuelve á usted decir ¡ah!, ¡oh!, y derrochar interjecciones. Cuando varía pone usted ¡ho!, y claro, mete la pata. No hay imprenta que tenga en las cajas bastantes signos admirativos para usted.

J. J. R.—¡Guasón!

El Paleto Bachiller.—Creo que fijándose bien, labrándola como se labra el hierro, meditando las

ideas y estudiando las palabras, podrá usted dominar la prosa. En lo que me envía hay algo recomendable; pero no me gusta; es flojo, descuidado, pobre. Ejemplo: la Naturaleza protege á los ruiseñores, pero no les contempla ni les envidia.

Veamos, pruebe usted otro asunto.

H. N. E.—Cantar:

«Si eres discreto
te diré un secreto
no le digas á nadie
que estoy enamorado de ti.»

Entonces ¿para qué se lo cuenta usted al público?

F. B. G.—Pero usted habrá enseñado esa rica colección á su maestro de retórica y poética, á juzgar por las noticias que me da en su carta; ¿quiere usted explicarme su fallo? Le habrá llamado burro, y usted quiere que yo «la publique» para demostrarle que no lo es, ¿cierto? Pues mire, el profesor se ha quedado corto.

Némine.—

Cuide usted esa cabeza
que está muy floja, señor;
á usted le falta un tornillo,
si no es que le faltan dos.
Dése duchas, muchas duchas,
busque sana distracción,
rompa «el plectro que suspira»
en las noches del amor,
y no se agarre á las odas,
que eso lo castiga Dios:
en lugar de escribir versos
plante berzas, que es mejor.

V. B. S.—No recuerdo; será acaso lo que dice; lo de ahora bien, con una ligera corrección.

D. A. P.—He ensayado al piano lo que usted titula «Melodía,» y á los primeros compases el gato ha echado á correr como si le hubieran atado una lata de petróleo; el perro se ha puesto á ladrar lúgubrememente, y á mí me duelen las muelas todavía.

Salustio.—Corrija usted los tercetos.

Los Hermanos Berruguete.—«Mui Sr. nuestro: arjunto le remitimos un trabajo periodístico mui bonito y que á dao juego en este pueblo, en el periódico de mi dizna dirección y echo por nosotros (no se figure V. que es copiado de algún escritor de gran prestigio entre los hombres célebres). De-

searíamos ambos á dos lo publique V. á la mayor brevedad, pues de lo contrario, se vería espuesto á que cuando vayamos á esa le larguemos dos palos. Gracias anticipadas por todo, y V. mande como guste de estos dos amigos que le aman y desean verle.»

Tanta amabilidad me confunde, y lamento no poder corresponderles insertando su luminoso y original escrito, porque... ya ven ustedes, está la plaza en estado de guerra, y les expondría á un disgusto de p. p. y doble w. A mí no me gusta abusar de los amigos; en ese caso no les sería fácil cumplir la amenaza, y se diría que es que yo aprovechaba la ocasión para escapar del peligro. Nó, y cien veces nó; yo no soy valiente, pero tampoco me gusta comprometer á nadie. Después de todo, la carta preinserta ya da gallarda prueba de que son ustedes unos... guasones.

F. R. L.—Así es consonante *solfa* de *reja*, como yo pariente del sultán de Marruecos. *Era*, sustantivo ó verbo, no se ha escrito nunca con *h*, ni se escribe aún..., á menos que haya usted convencido recientemente á los señores de la Española.

Sr. Dafornoc.—Sin duda es lo que usted dice. ¿Quiere usted mandar algo más? Busco y rebusco y no encuentro la carta en cuestión. Tampoco he recibido ni un sólo periódico, lo cual es raro.

R. Q. F.—¿Qué cosas tienen ustedes los poetas!

«Yo ya sé que soy un ganso,
porque insisto en que me quieras;
pero no desmayaría
importunándote la vida entera.»

Si usted se declara ganso de solemnidad y le dice á la señora de sus pensamientos que es un importuno ¿cómo le ha de corresponder ella?

Un latoso.—Que no lo es. La intima no acaba de gustarme; la otra se publica.

J. G. R.: Muy mala.—E. G. B.: Nó.—V. B. G.: Corregiré el final. La sorpresa no la recibí.—B. N.: Nó.—C. M. y L.: Nó.—Juan Lanás: ¡Qué ganas de perder tiempo!—Don Fulano: Muy gastado el asunto.—V. G.: No me gusta, pruebe otra cosa.—J. U. de la R.: Sólo dos aprovechan.—J. R.: Flojo, y es lástima por el pensamiento.—Nara-Moredano: Todavía no da usted en el clavo.—J. F.: ¡Ay, nó!

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

* LA SAETA *

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

— TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.^a —

Rambla del Centro, kiosco número 3

— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Faded text at the top of the page, likely bleed-through from the reverse side. It appears to be a list or a series of short paragraphs, but the characters are illegible due to fading.



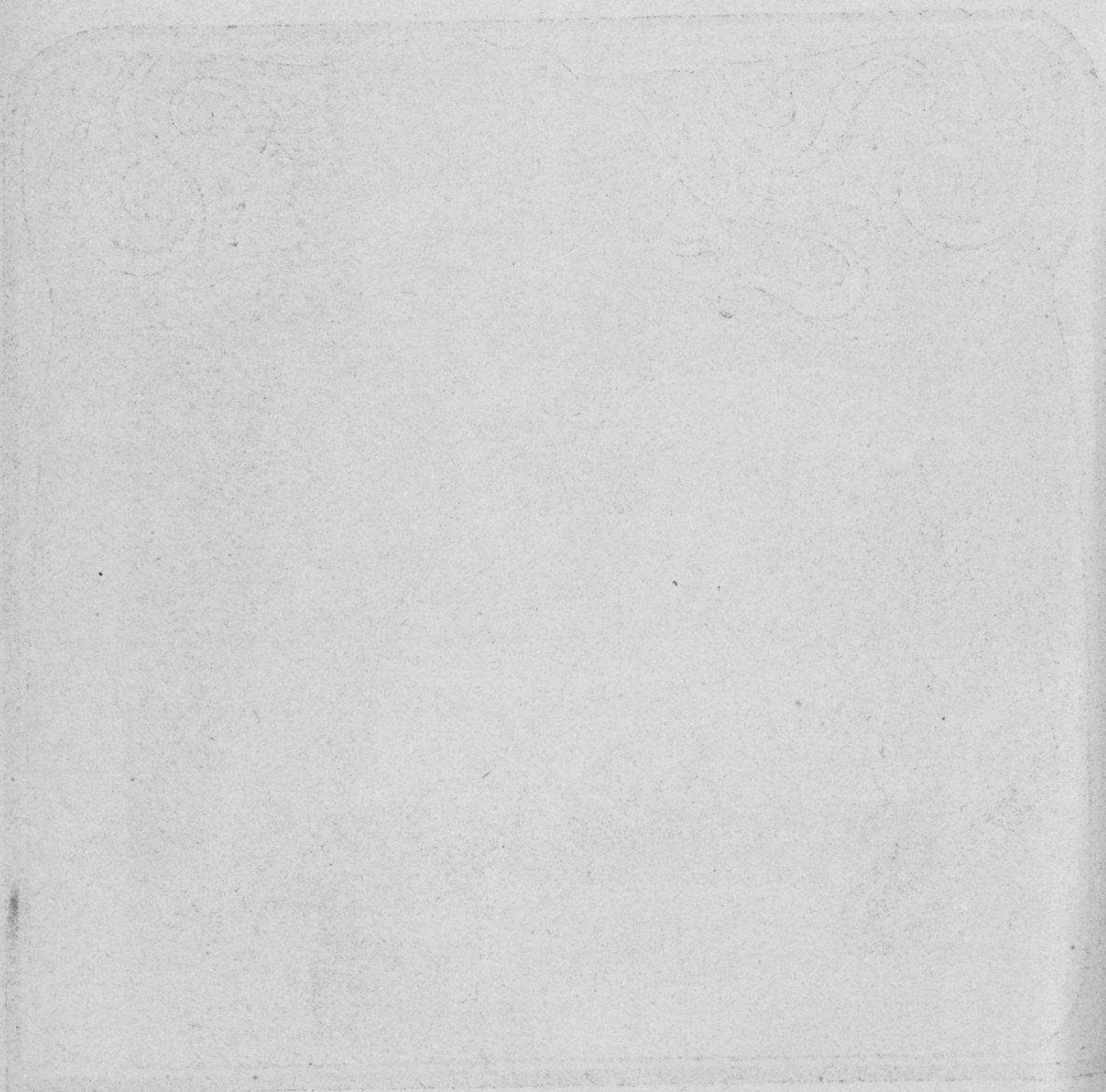
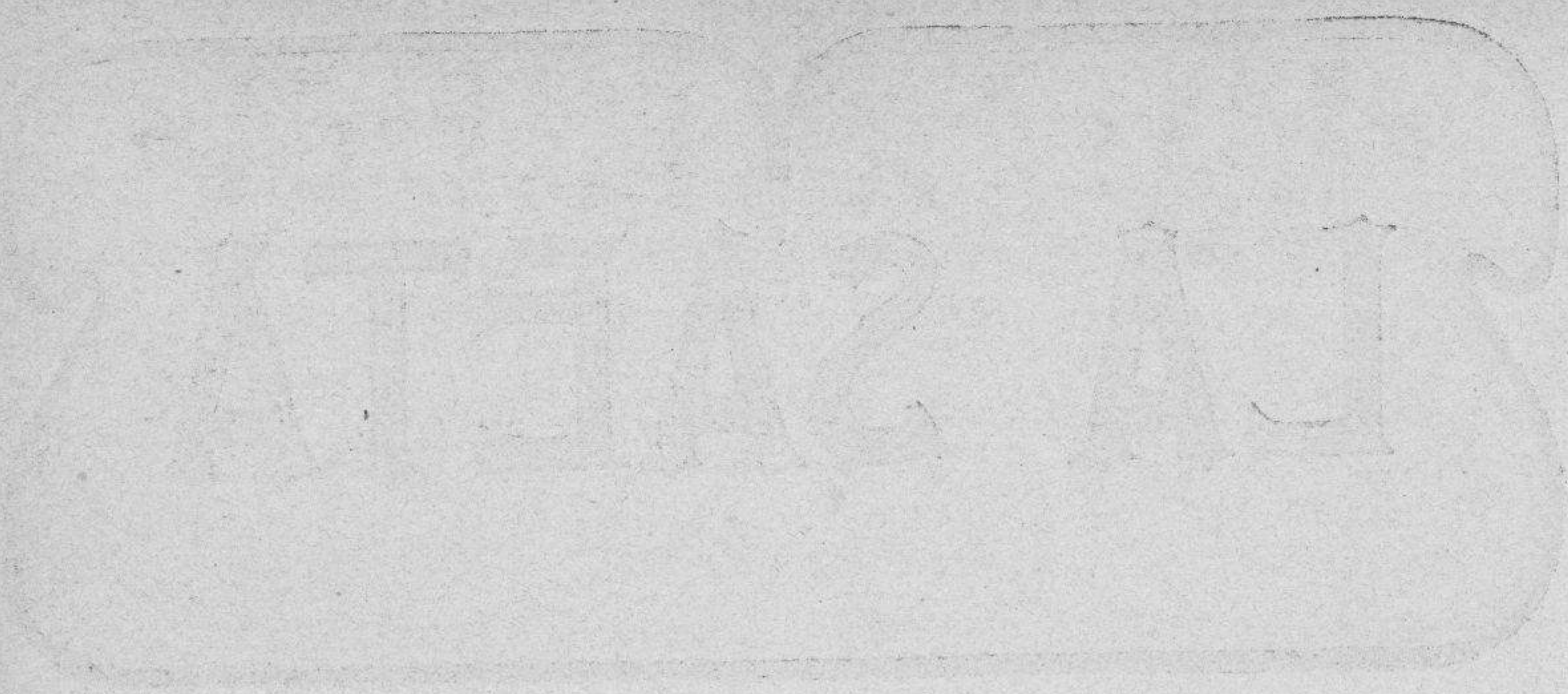
Faded text at the bottom of the page, also likely bleed-through. It contains several lines of text, including what appears to be a title or heading in a stylized font, followed by several lines of smaller text. The content is mostly illegible.

LA SAETA



20 c ents.

N um. 497



- 100 -